

Este trabajo obtuvo el Primer Premio en el Concurso Literario organizado por el Banco del Estado y la Radio Sociedad Nacional de Agricultura denominado "La Historia de Chile se escribió en el Mar" y en el cual actuaron como jurado las siguientes personas:

Don Sergio Hidalgo Stevenson, Armada Nacional; don Arturo Araya Peters, Armada Nacional; don Manuel Novoa, del Banco del Estado y Cóndor Publicidad; don Germán Prieto, libretista; don Claudio Pinilla, Radio Agricultura y don Miguel Davagnino, Radio Agricultura.



Ocurre generalmente que los acontecimientos históricos, por trascendentales que hayan sido, se nos pierden con relativa facilidad entre las brumas del olvido y cuando recurrimos al rescoldo de la historia para escarbar, en su búsqueda, las cenizas del pasado, ellos se nos reaparecen como brasas apagadas, sin esa luz y sin ese calor que irradiaron en su oportunidad.

Pero el Combate Naval de Iquique podría ser acertadamente la excepción que confirma la aseveración anterior.

En efecto, el inexorable devenir de los años no ha logrado todavía aminorar ni descolorar la gesta histórica consumada por un puñado de chilenos en las aguas de Iquique, nueve décadas atrás. Por el contrario, pareciera que el tiempo se ha complacido en proyectarla hacia las ge-

neraciones presentes con la misma claridad y vigor progresivo con que el sol vespertino traza sobre las praderas de nuestros valles la sombra acogedora de sus álamos altos.

Aquel bronco "Viva Chile", con que la gallarda muchachada de la corbeta "Esmeralda" rubricó la arenga inmortal de su Capitán, retumba hoy en lo más recóndito del corazón chileno con la fuerza de un legado.

Por cuanto el episodio glorioso que conmemoramos esta mañana otoñal, no constituyó solamente un grandioso hecho aislado predestinado a exaltar a un pueblo y a una raza; ni fue tan sólo un magno acontecer escrito con sangre de titanes para los anales de la historia naval universal, sino que fue más bien un mensaje de fe, de valor, de rectitud y de responsabilidad para las futuras generaciones de nuestro pueblo, para sus juventudes y, de manera especial, para las Fuerzas Armadas de este último rincón del mundo, apostado entre los Andes y el Pacífico, cual espada ceñida al cinto por el cono sur del Continente Americano.

Mensaje para el hombre y la mujer de esta larga y angosta faja de tierra, cuyo temple espartano ha quedado manifiesto frente a los reiterados embates de la adversa naturaleza; para quienes conforman la cosa pública, sea en sus vértices directivos, sea en sus bases operativas, y para quienes activan, en sus más variados niveles, la empresa privada: en la industria, en el comercio, en la banca, en la producción, etc.

Arturo Prat y Carlos Condell, con la nobleza de su procedimiento, les dejaron a todos y cada uno de ellos ejemplo de enseñanza, cuando en singular inferioridad de condiciones, frente a dos colosos de acero en el mar, pero con plena conciencia del deber, sobre unos tabloneros añosos le erigieron un altar de sacrificio a la Patria, encendiendo la antorcha luminosa de la victoria.

Es ahora, que se están agitando banderas de cambios y de reformas por doquier, pisoteándose cruentamente el principio de autoridad, en crisis por todas partes, cuando se hace más necesario que nunca que el sacrificio de Prat y sus mártires prenda en los niños y en los jóve-

El autor de este trabajo, Héctor Eduardo Huerta Rojas, es empleado de Correos y Telégrafos de Los Andes. Cumplió su servicio militar el año 1950 en el Regimiento de Infantería Reforzado Guardia Vieja del que egresó como Oficial de Reserva. Durante dos años sirvió en el Cuerpo de Carabineros de Chile del que se retiró para ingresar a Correos en 1954.

Ha escrito numerosas crónicas y artículos para Diarios y Revistas así como guiones para la Radiotelefonía, labor en la que se ha destacado.

nes la llama del verdadero idealismo, que rija sus actos y que alumbre la senda que los llevará a contribuir, con altura de miras y nobleza de sentimientos, a la construcción de un mundo mejor, a la seguridad y engrandecimiento de nuestra Patria, cuyos destinos están en sus manos.

Ojalá que la conducta de los héroes de Iquique oriente sus pasos hacia una posición consecuente y objetivamente servicial para la comunidad, mediante una dedicación sincera y honrada a su trabajo estudiantil en las aulas de los colegios y Universidades y mediante una actitud mesurada y razonable, en sus demandas por mejores destinos, pero siempre con esa serenidad generosa que sólo puede germinar en las almas grandes, capaces de soportar el orden y la disciplina elementales y capaces de albergar en sus corazones el amor, rectamente concebido, la abnegación y el sacrificio.

Mensaje, finalmente, para quienes tienen a su cargo la misión de mantener intactas la soberanía e institucionalidad de Chile.

Ya él fue captado, en toda su plenitud, por sus antepasados, que supieron encarar con honra y con gloria el blandir de los sables y el tronar de los cañones en las sierras, en las cumbres y en las pampas, marcando para siempre una ruta a seguir a sus sucesores, en Arica, en Pisagua, en Chorrillos, Miraflores y en La Concepción.

A todos y cada uno de los nuestros que visten una guerrera y empuñan un arma, ya en la tierra dura o en nevadas

cumbres, ya en las inmensidades de los mares, ya en las alturas del infinito, alcanza con legítimo derecho, esta mañana de gloria, la más íntima satisfacción al constatar, con mirada retrospectiva, la fidelidad con que guardan en el fondo de su alma la heredad sagrada recibida de labios del gran Marino, en la hora crucial: "Muchachos: la contienda es desigual. Nuestra bandera nunca ha sido arriada ante el enemigo. Espero no sea ésta la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar, y os aseguro que, si muero, mis Oficiales sabrán cumplir con su deber. . ."

Y desde aquel día memorable, los hombres de la Marina y del Ejército y, andando los años, de la Aviación y del Cuerpo de Carabineros, han venido siendo hasta nuestros días los depositarios dignos del valor, altruismo y rectitud legados por quienes vertieron su sangre en la rada de Iquique, porque llevan grabado a fuego en sus conciencias el deber ineludible de defender a la Patria y a su emblema; porque ellos pueden y deben enseñarnos en sus cuarteles, con absoluta probidad, la lección de Prat; y

porque —para eso— ya antes han hecho carne en sí mismos las palabras del poeta:

"Bello es para el hombre intrépido

Caer en las primeras filas, durante la batalla;

Y morir, defendiendo a su Patria. . ."

Piedras fundamentales en que descansan las instituciones democráticas y republicanas de nuestra nación, el pueblo entero les ama, les respeta y les cree, porque los sabe cabalmente leales a la enseña tricolor y porque intuye que jamás uno solo de sus miembros osaría ensuciarla enarbolándola para ocultar apetitos personales ni para pretextar ruines propósitos.

Quizá sea por ello que, al paso de sus efectivos, nos sentimos más seguros, más felices y orgullosos de ser hijos de este rincón tan lindo y generoso. . . Y quizá sea por ello entonces que cuando vamos a estallar en un sonoro "VIVA CHILE, mi hermosa Patria", amigo. . ., nos traiciona el corazón, se anuda la voz en nuestra garganta, se empañan nuestros ojos y no podemos hacer nada, sino aplaudirlos.

